

Alquería del Pino. El pocito.

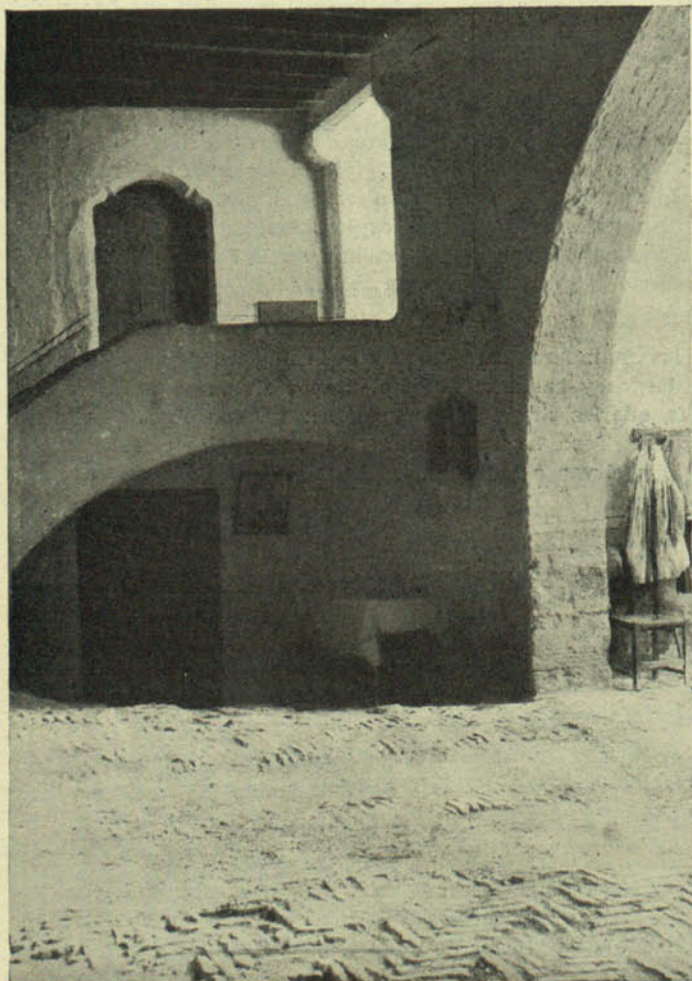
## LA CIUDAD QUE CRECE Y LA ALQUERÍA QUE MUERE

Por ALFREDO BAESCHLIN

Antes estaba la ciudad limitada por el pétreo cinturón de sus murallas, que la verde huerta lamía como lamen las olas los acantilados cortados a pique.

Pero la ciudad crecía, y llegó a no haber dentro del recinto trazado. Rompió el estrecho abrazo de sus murallas y comenzó a invadir la huerta. Como tentáculos salían las prolongaciones de las calles hacia el campo, convirtiendo en solares lo que antes era tierra fértil y de pan llevar. Y se alzaban casas altas, verdaderas colmenas humanas, como posiciones avanzadas de la conquista de la ciudad.

Antes aisladas en medio de la paz de la huerta, las bellas alquerías viéronse de repente englobadas en los barrios nuevos, que surgían rápidos, pujantes. Caían sacrificadas algunas, por cierto no las menos pintorescas, por estorbar el



Alquería del Pino. El zaguán.

trazado cruel y rectilíneo de calles proyectadas "sobre el tablero".

Implacablemente prosigue Valencia su ensanche, tragándose pueblos enteros, sustituyendo por el adoquinado de la red de calles nuevas los pintorescos senderos de la huerta, aprisionando entre altos edificios algunas humildes barracas que no quisieron ceder, conservando un trocito de tierra de cultivo grande como un pañuelo...

¡Tragedias que causa la ciudad que crece!

En la huerta, término de Burjasot, muy cerca ya del avance amenazador de la urbe, se alza un pino, enorme, solitario, y a la vera de este árbol, varias veces centenario, la alquería que lleva su nombre, vetusta, desconchada, vencida y amenazando ruina. Tal vez caiga antes de ver su campo invadido.

Por cierto, es una de las más bellas y típicas casas rurales de la región valenciana, y su escudo de armas, que orgullosamente campa encima de la puerta adovelada, pregonaba un ilustre abuelo.

Tostadas del sol de varios siglos, las fachadas de la alquería del Pino muestran, bajo la luz cruda de Levante, las señales, harto visibles, de su vejez.

Aunque no estuvieran los puntales que se colocaron para prolongar su vida, las grietas profundas que serpentean por sus fachadas señalarían el estado preagónico.

Tiene la alquería del Pino un zaguán del más bello efecto, con paredes pulcramente encladas y un techo de vigas policromadas. En el piso de este zaguán perdura una tradición romana: la colocación de los ladrillos de canto en forma de espiga, el "opus spicati", del que ya nos habla Vitruvio.

Un pocito, con su palomilla forjada por manos lugareñas, muestra su bien labrado brocal de piedra sillar. Cuando desaparezca la alquería, deseo para este lindo pocito un



Alquería del Pino.

asilo en algún jardín particular... Cuando muera la alquería...

Por una parte, ¡cuánto nos alegramos del constante crecimiento de la ciudad! Pero ¡qué pena que, por su culpa, tengan que desaparecer, morir, tantas cosas bellas!

Soy del parecer que muchas de ellas se podrían salvar. ¿Cómo? Esto ya es harina de otro costal.

Mientras, la ciudad crece y la alquería muere.

## JUICIOS DE LA PRENSA

De "El Adelanto", de Salamanca. 6-III-935.

Víctor de la Serna, como director, y Eduardo Blanco-Amor, como redactor-jefe, están consiguiendo hacer una gran revista. Van ya por el número 12, y cada semana gana en interés y amenidad. Una revista para gran público, sin perder por ello la prestancia y el empaque literario y gráfico que dos escritores como Víctor de la Serna y Eduardo Blanco-Amor estaban obligados a demostrar en una obra salida de sus manos.

Su último número dedica las páginas centrales a Salamanca. Reproduce dos «fotos» de Pepe Suárez—la ya famosa de D Miguel en la Flecha y una vista de la ciudad—con el canto de Unamuno a Salamanca, y un certero comentario a la significación intelectual del maestro. En una revista de la difusión de CIUDAD—con una nutrida y excelente colaboración, magníficamente presentada y barata, además—, el nombre de Salamanca, de tal manera evocado, puede servir de acicate para que la gente española nos visite.

Y bien generosamente, por cierto, está hecho el reclamo. No por gratitud, sino en justicia, hacemos nosotros el de CIUDAD, magnífica revista que leemos con gusto, con verdadero placer, y que está botada para largas singladuras.



## Cuando los salvajes aprenden

Por ARTHUR J. DURNFORD

La desaparición de un joven británico, de nombre Teodoro Powys, ocurrida hace tres años, provocó gran alarma en Nairobi, sobre todo porque su cuerpo fué hallado poco después completamente destrozado, hecho que dió motivo para que se le supusiera víctima del ataque de un león. Iniciadas las correspondientes averiguaciones, una nueva circunstancia prestó al acontecimiento caracteres realmente siniestros: un testigo declaró haberse encontrado en ese tiempo con un grupo de indígenas, a quienes en el primer momento creyó cazadores, y uno de los cuales llevaba una cabeza humana.

Una nueva investigación acaba de demostrar que el citado Powys había sido ultimado y sacrificado en cumplimiento de un rito especial de los guerreros de Samburn. Un hombre había caído en manos de la autoridad, y se seguía la pista de otros cuatro.

Los indígenas australianos han cometido varios actos semejantes en estos últimos años, y tales hechos no son considerados como delitos, de acuerdo con su mentalidad. Alegan a su favor que los pescadores de perlas, especialmente los de origen japonés, no los tratan con las debidas consideraciones, y tres de los individuos acusados de haber dado muerte a aquéllos se trasladaron voluntariamente a Port Darwin para entregarse a los jueces australianos, convencidos de que los magistrados comprenderían la injusticia recibida.

Nueva Guinea es uno de los pocos lugares del mundo donde la raza blanca no ha podido introducirse con entera libertad. Allí, numerosas tribus que forman una población de 100.000 personas, habitan las tierras auríferas del Edie Creek, y, despreocupadas de la marcha del tiempo, viven en un estado de salvajismo primitivo, equivalente a la época neolítica del hemisferio Norte. Utilizan hachas y flechas de piedra, y poseen algunas nociones de agricultura, a juzgar por sus viviendas, rodeadas de vastas y bien cuidadas plantaciones.

Algunos detalles de los pueblos primitivos en contacto con la civilización occidental resultan interesantes y nos muestran el provecho extraído de la nueva cultura que se les ofrece. El eufemismo «dar vuelta a la esquina», utilizado por los británicos para significar su deseo de beber un poco de vino, lo hallamos también en la Costa de Oro con la palabra «Akpeteshi», nombre de una bebida muy fuerte.

La planta utilizada para elaborar esa bebida prueba que el indígena sabe adaptar el material que la civilización pone en sus manos, o sea el jugo de la palma y otras sustancias destiladas en aparatos rudimentarios, consistentes en un par de latas de petróleo unidas por una espiral de tubos de cobre.

Un colono de lejanas tierras de Africa Oriental experimentó gran sorpresa un día, y no dejó de alarmarse ante el avance de un grupo de indígenas armados; sus temores se desvanecieron cuando el director de la partida le enteró del objeto de su misión: traía el reloj del jefe de la tribu—un despertador común—para ponerlo a hora de acuerdo con la máquina del hombre blanco.

El encuentro con animales salvajes y la lucha contra los elementos naturales constituyen los peligros inevitables de todo viaje por tierras vírgenes, peligros, desde luego, factibles de salvar con escaso trabajo. Cuando algunos leones se acercaron al campamento de Martín Johnson con malas intenciones, la esposa de aquél, que a la sazón preparaba el almuerzo, resolvió la dificultad al arrojar una bolsa de harina en pleno rostro de una de las fieras.

Con motivo de esa misma expedición, varios indígenas enteramente incultos fueron invitados a volar en los «pájaros grandes», como llaman a los aeroplanos, y no mostraron el menor signo de pánico.

Los exploradores han hallado entre los pigmeos un deseo ardiente de aprender. Si los aeroplanos son pájaros—preguntaron aquellos hombres diminutos—, ¿con qué los alimentan? Otro de ellos observó la imposibilidad de que fueran pájaros, porque no se posan sobre las ramas de los árboles.

Cada día que pasa, las razas primitivas se acercan más a los blancos. Los medios de comunicación, que destruyen las distancias, llevan al hombre negro al mundo de los blancos, cosa que, en cierto modo, le resulta una diversión.